

Isidoro Errázuriz, 1835 - 1898*

LOS POETAS imaginan que los destinos humanos están regidos por una deidad esencialmente inconstante que juega con el hombre desde la cuna al sepulcro y a cuyas caprichosas y fugaces resoluciones no escapa ni el poderoso ni el humilde, la traviesa Fortuna; y así con graciosa desenvoltura hacen responsable de las consecuencias inevitables de los actos de la vida, a una hermosa coqueta. Y es tal la seducción artística que sin reparar en más, media Humanidad adora y rinde culto fervoroso a la Fortuna y la recuerda en sus horas alegres y la invoca en las de angustia y desaliento, mientras la hermosa Deidad, indiferente a los halagos, sorda a los ruegos parece regir los destinos de su grey con inescrutable designio.

Y llega a tanto el capricho de la Deidad que vemos a veces seres plenos de calidades superiores enterar fatigosamente vida opaca sin lograr jamás éxito alguno o sólo mezquina gloria póstuma; y otros, en cambio, imponerse súbitamente a sus conciudadanos y llegar en la alborada de la vida a brillante apogeo, para caer luego en injustificado olvido. Son muchos los que de improviso se hallan en lo más alto de la movible rueda para bajar pronto hasta el polvo del áspero camino en donde a veces les sorprende, también rápidamente, el final de su accidentada y efímera existencia, y pronto hasta su recuerdo cae en desconsolador olvido.

Isidoro Errázuriz forma entre nosotros en la bizarra falange de estos últimos. Hombre de grande acción, a muy temprana edad se impone como caudillo de la juventud y luego es defensor indiscutido de la Libertad y de la Democracia, tiene influen-

cia decisiva en todos los grandes acontecimientos de su Patria, es proclamado por doquiera Príncipe de los Oradores; pero quizás por el exceso de su sensibilidad o por la volubilidad de su alma ardiente sólo cumple a medias con su gran destino y ahora hasta su recuerdo, ¡triste es decirlo!, se va esfumando injustamente.

De cultura intensa y refinada, hablaba seis idiomas vivos y dominaba el latín y leía el griego; era un enamorado de las literaturas clásicas y también de las modernas; apasionado de la música y de todas las bellas artes rendía, asimismo, culto a la filosofía, escribía maravillosamente y como orador igualó a los mayores.

Educado en Estados Unidos y Alemania es a un tiempo soldado de la Libertad y de la Democracia y del Orden y del Progreso y un formidable hombre de acción que pone sus extraordinarias capacidades intelectuales y su vasta cultura al servicio de nobles ideales. El Tribuno y Periodista impulsa la guerra con España (1866) y el diputado intrépido y patriota es el principal instigador de la campaña a Lima, pelea en Chorrillos y Miraflores y entra triunfante en la capital peruana; así como más tarde, el admirador incondicional de la Libertad que siempre fuera, es el alma de la resistencia del Congreso en contra del Presidente Balmaceda, poderoso Ministro —casi omnipotente— de la Junta de Gobierno de Iquique y vigilante organizador del Ejército Constitucional.

Para orientar a la naciente opinión pública chilena, para guiarla por el camino de la libertad política, para mantener vivo el amor a la Patria, en diversas ocasiones funda cuatro grandes diarios —uno en Lima, durante la ocupación chilena— y en Valparaíso “La Patria”, que apareció durante un tercio de siglo; además, es nuestro primer Tribuno que hace delirar a las multitudes en toda ocasión en que hay angus-

*Capítulo del libro *Esbozos y Perfiles*, de próxima publicación.

tias por la suerte de la Libertad o de la Patria, y es diputado al Congreso Nacional durante veinticinco años consecutivos y ¡cosa inaudita!, es durante todo ese tiempo su más grande orador.

Era, asimismo, un sibarita que vivía en Santiago en una casa acogedora situada en la actual Avenida Matta, rodeada de jardines hermosos y espléndidamente decorada. No era la casa del advenedizo en que todo es suntuoso; no, en su casa imperaba gusto exquisito, cada objeto recordaba al artista que lo había elegido, todo tenía su sello personal inconfundible; por doquiera se sentía el alma refinada de su dueño, se imponía su vigorosa personalidad artística e intelectual. Aún se conserva el amplio comedor, cuyo techo ostenta una copia magnífica del conocido cuadro "La Aurora" de Guido de Reni, en grandes proporciones; sus recibos y salones estaban alhajados con muebles y tapices regios, con telas de grandes maestros contemporáneos y valiosas esculturas de todos los tiempos, y, en santuario aparte, su bien seleccionada biblioteca.

Nació en Santiago en 1835 y fueron sus padres Manuel Antonio Errázuriz Salas y Rosa Errázuriz y Mayo. Pertenecía, pues, a la austera aristocracia chilena de origen vasco y fue uno de los más destacados varones de esa familia ilustre que ha tomado parte tan principal en la dirección de la República.

Sus primeros años se desarrollan sin incidencias en la tranquila sociedad semi-colonial de aquel entonces; en su familia sólo recuerdan que tenía una precocidad grande que acrecentara el afectuoso cariño de su abuelo Ramón Errázuriz y Aldunate, quien se encargó de su educación desde muy niño.

Como era corriente en aquel entonces, le colocó de interno en el Instituto Nacional, a pesar de que solamente contaba con once años de edad. Dadas su precocidad y su buena memoria no puede extrañarnos que fuese un alumno que rendía muy buenos exámenes; pero su natural travieso, su indocilidad de carácter —acrecentada por el regalo en que le criaba su abuelo— y su individualidad vigorosa le hicieron también un alumno realmente insoportable para los inspectores, víctimas predilectas de sus travesuras. Con motivo de la candidatura a la Presidencia de la República del General Cruz, inspiró y dirigió, dentro del Instituto Nacional, una serie de manifestaciones subversivas que llegaron a tales ex-

tremos que el bondadoso Rector del establecimiento, Francisco de Borja Solar, se vio obligado a expulsarlo en compañía de otros muchachos, igualmente inteligentes pero también completamente indóciles, indisciplinados y libertarios.

Su abuelo decide entonces enviarlo al extranjero para que concluya allá sus estudios. El deseo de educar en Europa a los jóvenes de la clase dirigente no era un fenómeno extraño en la sociedad chilena de entonces. Los Padres de la Patria O'Higgins y Carrera se educaron allá y el propio don Ramón Errázuriz fue enviado a educarse en los más puros preceptos ortodoxos de la España de fines del siglo XVIII, de donde volvió —con pena de los suyos— convertido en un perfecto enciclopedista. Después de la Independencia fueron a graduarse en colegios y universidades del Viejo Mundo, por cuenta del Estado, una serie de jóvenes elegidos entre los hijos de los Padres de la Patria. Desgraciadamente, estos trasplantes a sociedades tan diversas de la nuestra no dieron el resultado que se esperaba, pues todos al volver se sentían desgraciados, no se conformaban con tener que pasar su vida sepultados en este rincón del mundo tan atrasado, tan desprovisto de los encantos y halagos que proporcionan siempre las grandes ciudades europeas, centros de cultura, de brillo y de agrados infinitos; todos debieron sufrir la laboriosa crisis de la reaclimatación. Y no son los árboles trasplantados, sino aquellos que desde el primer momento echan sus raíces y se nutren del sagrado suelo que los ve nacer, los que prosperan, resisten a todos los embates y forman las selvas seculares.

En esos mismos días el Presbítero Joaquín Larraín Gandarillas, más tarde Obispo de Martirópolis y Arzobispo de Anazarbo, emprendía viaje a los Estados Unidos con ocasión de un Congreso Eucarístico, llevando consigo, para educarlos allá, a sus hermanos Ladislao, José y Guillermo, y a su sobrino Manuel José Irarrázaval. Don Ramón Errázuriz aprovecha este viaje para enviar, en tan buena compañía y bajo tan experta dirección, a su nieto Isidoro, aunque sólo fuese por poco tiempo, porque prefería las Universidades del Viejo Mundo.

A mediados de ese año 51, partió a Estados Unidos, vía Panamá. ¡Con qué alegría este adolescente de dieciséis años abandona la Patria, ávido de novedades, henchido de esperanzas, llena el alma de ilusiones seductoras, de brillantes quime-

ras! Marcha hacia adelante, hacia lo desconocido con la alegría y la inconsciencia con que se emprende todo en la primavera de la vida. Es el torrente cordillerano de aguas cristalinas recién emanadas de la nieve blanca y pura saltando bullicioso desde las altas rocas para llegar pronto al encantado valle vislumbrado en lontananza.

Cuando esta colonia estudiantil llega a Washington, nuestro Ministro Manuel Carvallo, la pone en la Universidad de Georgetown, dirigida por Jesuitas. Aunque el abuelo prefería que su querido nieto no fuese educado por eclesiásticos, es tal el renombre de la Compañía de Jesús en los Estados Unidos y tanto el prestigio de esa Universidad que el Ministro no vacila en colocarle allí en la compañía de los otros jóvenes.

Su estada en este plantel universitario no tuvo grande influencia en su formación, pues apenas si permaneció allí un año escaso en el que aprendió sólo inglés y francés y un poco de filosofía escolástica. En cambio, leyó mucho y escribió versos bajo la influencia de Zorrilla y se ensaya, al parecer con éxito, en sus primeras lides amorosas.

Al año siguiente su abuelo le envía a Alemania. Después de una corta temporada en Bremen y Hamburgo, en los primeros meses de 1853 se matricula en la Universidad de Göttingen, en donde permanece tres años hasta obtener el título de Doctor en Derecho, tan ambicionado en la culta Europa.

Esta Universidad era relativamente nueva, pues sólo tenía poco más de un siglo de existencia, pero ya había prestado servicios apreciables a la ciencia alemana; sus tendencias eran francamente liberales y era muy popular en Alemania por haber sido el centro de resistencia espiritual a la dominación napoleónica. Cuando Errázuriz entró a ella contaba con un centenar de profesores distinguidos y con unos mil alumnos, "sin cuya energía, al decir del novel estudiante, el despotismo habría traspasado la última barrera, el recinto del pensamiento...". Poseía una de las mejores bibliotecas de Europa y sus colecciones científicas y su Jardín Botánico eran célebres en toda ella. La principal figura entre los profesores en aquellos años, según Errázuriz, era Karl-Friedrich Hermann, en la cátedra de filología; sus trabajos conocidos en el mundo entero, su erudición y su talento atraían a esa Universidad a numero-

sos estudiantes de la grande Alemania y del resto del Viejo Continente.

Como en todas las Universidades alemanas de aquellos años, imperaba en ella sin contrapeso la filosofía de Hegel. Fue ésta la que informó la política de Bismarck, ex alumno de esa Universidad; la que dio a Prusia sus resonantes triunfos militares, la que, años después, formara al poderoso Imperio Alemán.

Errázuriz no participa, sin embargo, en modo alguno de esas doctrinas estatistas, sino que siente verdadera aversión por ellas; en cambio abraza con entusiasmo las ideas que desde Francia expandía la poderosa personalidad de Augusto Comte y con él niega la existencia misma de la metafísica, y sostiene que nada conocemos ni podemos conocer ni del principio ni del fin de las cosas, ni de su esencia, ni de su objeto y que toda explicación general del conjunto de las cosas es imposible. Y este fue su credo durante el resto de su vida.

Su permanencia en Alemania le es más grata que la de Estados Unidos. Lleva allí la vida alegre y bulliciosa de los estudiantes alemanes: muchos duelos, mucho baile, música y canto y no pocos amoríos, reviviendo la alegre existencia de Heine en la ciudad y los alrededores, siempre con el "Buch der Lieder" en la mano.

Su amor innato por la Libertad, acrecentado con su permanencia en la libre democracia americana, le hace seguir con simpatías los esfuerzos de los patriotas hannoverianos para alcanzar un gobierno con base democrática, y arenga a sus compañeros de aulas y compone inspirados versos en honor de la Libertad, en correcto alemán. En esos años conoció a un joven de la nobleza prusiana que entonces era, como él, alumno de Derecho de la Universidad, y llegó después a ser secretario particular de Bismarck y connotado político. Este distinguido hombre de gobierno recordaba siempre, entre otros con mi padre, a su amigo Isidoro, a quien calificaba como el hombre de mayores capacidades intelectuales que había conocido. ¡No es poco elogio en boca de una personalidad que vivió en la intimidad del fundador del Imperio Alemán!

Al mismo tiempo, como era de suponerlo en un joven de poderosa inteligencia, cultiva grandemente su espíritu. Lee los grandes clásicos griegos y latinos en su respectivo idioma, profundiza la gran literatura contemporánea, devora la apasionante literatura de la época y adora a Zorrilla y

Espronceda, Lamartine, Byron y Shelley, pero sobre todo a Schiller, Goethe y Heine. De este último hizo numerosas traducciones en magníficos versos, algunos de los cuales publicó en "La Época", de Santiago.

En ese tiempo conoce a una encantadora joven, hija de un gran comerciante de Hamburgo, Virginia Hollman, y se enamora locamente de ella; pero ambas familias se oponen terminantemente al matrimonio: la familia alemana desconfiando del extranjero; la chilena, de la hermosa joven por ser luterana. Pero ellos no desisten de su intento, y cada instante más enamorados, están resueltos a revivir el encantador idilio de *Hermann y Dorothea*. En el poema de Goethe, Hermann, fuerte acaudalado quiere hacer feliz a la infortunada Dorothea que huyendo del invasor que devasta sus tierras, pasa por las suyas; ahora la encantadora Virginia, hija de ricos comerciantes hamburgueses, es quien, súbitamente enamorada, quiere amparar al apuesto Isidoro llegado hasta las aulas alemanas a consecuencia de su acendrado amor por la Libertad. Pero ambas familias se desentienden del idilio hasta que el galán, ya con el título de Doctor en Derecho, regresa a su patria y arranca a los suyos el consentimiento y vuelve en el acto a Hamburgo en busca de su Virginia. *Je saurais vendre dont le prix est Ximene*, decía al partir, pero la familia alemana resiste aún al extranjero que va a expatriarla y confinarla en una apartada región de América; mas el brillante orador triunfa al fin y los obstinados padres consienten en el matrimonio.

En su paso por la sociedad de Santiago la señora Virginia dejó el recuerdo de una dama hermosa y de talento, pero extraordinariamente tímida, tanto que no se atrevió nunca a llegar a las Cámaras para oír hablar a su marido. Sólo una vez le oyó en el Teatro Municipal y le produjo una emoción indeleble que no desapareció sino con la muerte. De porte gracioso y movimientos armoniosos, de cara redonda, color un tanto sonrosado, con grandes ojos verdes daba impresión de frescura, de salud, de felicidad. Tenía un hermoso cabello rubio veneciano, de vívido color. Lo llevaba, sobre su cabeza ágil y hermosa, en una gruesa trenza que parecía de fina seda. Hablaba un francés muy suave y luego un correcto castellano y de todo su ser parecía desprenderse dulzura, bondad y afecto.

Con entusiasmo y con valor, plena de una gran fuerza interior, inspirada de sen-

timientos casi místicos —tan comunes en las heroínas del teatro alemán— se había lanzado en el mundo maravilloso del amor en el cual estaba segura iba a encontrar el encanto sinfín de un sentimiento igualmente grande, noble, constante y eterno por parte del elegido de su corazón.

Por desgracia muy pronto la cruda realidad se hizo sentir con crueldad. Como el cierzo helado concluye en un instante con las hermosas flores nacidas bajo un cielo radioso, el concepto bien diverso que del amor tenía su romántico Isidoro, agostó el brillante campo de ilusiones que su pasión había imaginado esplendoroso y eterno. Con el mismo valor que había desdeñado el porvenir brillante, la casa opulenta de sus padres para unirse a su Isidoro, ahora defiende ese amor, pero todo es inútil. Seguramente, cada cual se había dicho "Daré mi vida por mi cariño" y seguramente ambos podían haberlo realizado, ya que la vida es fácil de dar, es cuestión de un momento... pero una paciencia dulce y perseverante... es tarea harto más difícil y que rara vez se cumple. El idilio concluyó como tantos otros... Ella, después de muchos esfuerzos inútiles y de años de penas infinitas, no pudo resignarse a las perpetuas infidelidades de su marido y a él le faltó paciencia para soportar las inevitables y justificadas escenas de celos...

Ella, aunque cada vez más enamorada, un día hubo de regresar a sus lares... y él, creyéndose libre, acrecentó su inconstancia. Luego los años realizaron su labor de siempre: intensificaron el grande amor, la pasión avasalladora y empequeñecieron y esfumaron las tristezas y las penas. La dolorosa separación, la larga ausencia prolongada por años, exaltó lo grande y extinguió lo pequeño, fue como esos helados vientos de la Antártida que, al visitarnos, extinguen la lumbre en los humildes braseros de los rústicos labriegos de nuestros campos australes y agigantan las hogueras en que a veces se consumen nuestros bosques seculares. Ella vivió amándolo hasta que él murió, y después amando e idealizando el recuerdo de su único amor.

Quizás él también la amó intensamente, pero le fue infiel como a todas las demás que encontró en su camino. En nuestra primera edad el deseo prima sobre el amor, e Isidoro Errázuriz en eso permaneció siempre en la primera edad, las ilusiones le abandonaron en los primeros días de su vida apasionada pero conservó los deseos hasta el final, y se dice que bajó, a veces, has-

ta amores aún más fríos que los del serrallo.

De tanto amor, de tantas ilusiones desvanecidas sólo quedó hasta años después de la primera gran guerra mundial, en un barrio apartado del gigantesco puerto de Hamburgo una sencilla plancha de bronce en la puerta de un pobre departamento en que se leía, *Frau Doktor Isidoro Errázuriz*. La desdichada *Dorothea* sobrevivió cerca de treinta años a su encantador *Hermann*; murió, si no de hambre como se dijo entonces, al menos víctima de las miserias sin fin de esa postguerra que la encontró anciana e inválida, inmovilizada en un sillón.

* * *

Apenas casado vuelve a la Patria, se ocupa intensamente de política y funda, en compañía de Vicuña Mackenna, los Matta, Custodio Gallo y Justo Arteaga Alemparte, el diario "La Asamblea Constituyente", que sólo alcanza a publicar trece números. Fue este un periódico de franca oposición al Gobierno de Montt, en el que colabora con entusiasmo idealista pero con pasión intransigente; con todo no tiene la influencia política de "La Actualidad" que dirigen Barros Arana y Sotomayor Valdés. Las Facultades Extraordinarias concedidas al Presidente de la República a fines de 1858 hacen desaparecer la prensa de oposición y sus directores y redactadores o emigran o van a las cárceles. Isidoro Errázuriz, después de una corta permanencia en la cárcel de San Pablo, es relegado a Mendoza.

Para ganarse la vida en esos años de proscripción escribe, hace clases, ejerce de abogado y por último acepta y desempeña con general complacencia un cargo de juez. Así, como se dijo entonces, las injusticias que sufría en su patria le llevaron a hacer justicia al extranjero. El terremoto que asoló a Mendoza permitió por fin su regreso a la Patria, pues el Gobierno chileno se sintió obligado a dar facilidades para ello a todos nuestros infortunados compatriotas radicados en la zona devastada.

Durante la Administración Pérez pretende ser diputado, pero la intervención oficial le arrebató el triunfo y tiene que continuar desde fuera del recinto del Congreso su acción en contra del Gobierno. Con ocasión de la Guerra con España se da a conocer como gran tribuno, valiente y patriota a toda prueba. Son éstas sus brillantes arengas de entonces las que le hicieron popular en toda América, es durante este

conflicto americano cuando, por primera vez en Chile, consigue alzar por doquiera esas tempestades de aplausos que le acompañaron durante sus cuarenta años de orador insuperado, que le coronaron de esa gloria que aun ahora, después de más de medio siglo de su muerte, irradia con luz mágica su recuerdo de hijo predilecto de las musas, de campeón valiente y esforzado de la libertad y de la democracia. Se dice que en estas ocasiones, al querer transmitir a sus oyentes todo el ardor de su generosa pasión por la Libertad y por la Patria, su poderosa retórica alcanzaba a las cumbres de la elocuencia, y que tan noble pasión proclamaba la grandeza de su alma.

Por fin llega a la Cámara de Diputados (1867). Como era de suponerlo se estrena como orador parlamentario defendiendo a la Libertad que, en aquellos años, era vuleada risiblemente en esas mascaradas electorales que los Gobiernos llamaban elecciones; pero esos discursos brillantes nada agregan a su ya bien cimentada fama de orador, de gran tribuno.

Cuando en 1877 se promueve el memorable debate sobre cementerios laicos sí que el orador brillante, el tribuno popular se agiganta ante los ojos de adversarios y amigos y admiradores. Pronuncia entonces una serie de magníficos discursos —dignos de los mayores oradores— en que con capacidad de eximio jurista y lógica insuperable defiende su tesis y aniquila a sus adversarios. Se nota en ellos al culto Doctor en Derecho de la Universidad de Göttingen que sorprende con el rigor de su lógica, con su férrea dialéctica y sus amplios conocimientos de Derecho Canónico; muchos mayores que los de sus adversarios a pesar de que éstos eran o profesores de nuestra Universidad o habían recibido, junto con las investiduras sacerdotales, altos grados en Ciencias Sagradas.

A más de conocimientos de Derecho Canónico y de gran cultura, demuestra tener cualidades maestras de orador: instantáneo concebir y fulminante y certero ejecutar que le permiten salir triunfante en todas las interrupciones, pero sobre todo, convicción profunda de la bondad de su causa que sostiene y defiende con todas sus energías, con todo el calor de su alma apasionada.

Después de estos magníficos y brillantes alegatos en favor de los cementerios laicos nadie negó en Chile a Isidoro Errázuriz el rango de orador insuperable. Es que en donde hay grandeza se la siente y al valer

verdadero se le respeta aunque haya que sufrirlo.

Como su oratoria era sólo una herramienta de su acción buscaba ante todo el efecto del momento para lo cual no retrocedía ante la expresión inesperada, nueva, audaz siempre que con ella consiguiera conmover a su auditorio, y esto, aun a riesgo de escandalizar a los amigos y admiradores de la retórica clásica, a los eternos entusiastas de los oradores consagrados por la cátedra.

Tenía voz potente que llenaba la Sala de la Cámara de Diputados, actitud arrogante, gestos varoniles y ardor y fuego. Pero su elocuencia no la producían solamente el acento de su voz, el gesto, ni sus brillantes palabras ni la acertada elección de las imágenes; no, su oratoria no se limitaba únicamente a la imaginación, se extendía también al razonamiento profundo que valorizaba con arte, con poesía, con nitidez y muy principalmente con calor de expresión.

Gracias a este conjunto de calidades realmente extraordinarias hizo en su tiempo populares una serie de verdades que, sin su oratoria, habrían sido patrimonio exclusivo de escasos espíritus selectos y que él hizo pasar al acervo común de todos los políticos, señal evidente de que eran racionales y sensatas. Es su timbre de gloria y también su desdicha, al menos para su fama póstuma, porque lo que en aquellos años era nuevo y audaz, hoy nos parece corriente y mañana quizás será trivial. ¡Y es tan profundamente humano como intensamente injusto el olvidar a los espíritus superiores que, con esfuerzos y a expensas de su tranquilidad, generalizan y hacen hasta parecer triviales verdades nobles que acrecientan los encantos de la convivencia social!

Más tarde la Guerra del Pacífico, durante la cual haciéndose el eco del sentimiento nacional obligó al Gobierno a llevar nuestras armas triunfadoras hasta Lima, y el grave conflicto entre el Congreso y el Ejecutivo, que nos llevó a la guerra civil, pusieron constantemente en evidencia éstas sus grandes dotes oratorias hasta ahora no igualadas. Son esos sus días de mayor éxito, entonces su acción dominadora y su elocuencia maravillosa suscitan tempestades de esos aplausos y de esas acerbas críticas que acompañan siempre a los grandes triunfos y son como los signos distintivos de la gloria.

Mi padre, Augusto Orrego Luco, que le conoció íntimamente, que fue durante años

su compañero en la prensa y en la Cámara de Diputados recordándole con un redactor de *La Unión* de Valparaíso, ha dicho de él: "Lamartine sostiene que Cicerón no era orador sino que era la Oratoria; yo me siento tentado a decir igual cosa de Isidoro, que era la Oratoria misma, porque en él se encarnaban todas las condiciones que dan a la palabra humana su fuerza de seducción encantadora y soberana. Su palabra fácil tenía la abundancia sonora de un torrente; expresiones vivas, pintorescas, llenas de sorpresas, a veces de una familiaridad de camarada y a veces de un vuelo poderoso y soberbio. Y sus frases las acentuaba con un gesto, una actitud y un movimiento de cabeza de un arte espontáneo y consumado. Y esas frases eran dichas con una voz admirable, de entonaciones deliciosas, de una armonía inagotable y penetrante".

Tales condiciones a las que unía "una inteligencia clara, luminosa, un poder de asimilación extraordinario, una retentiva muy fuerte, una concepción muy rápida, una asombrosa facilidad para comprenderlo todo, y a más una imaginación viva, poética y un admirable sentimiento artístico", fueron las que le otorgaron el cetro indiscutido de nuestra oratoria parlamentaria y tribunicia en un período en que en nuestras Cámaras abundaban los grandes oradores.

Domingo Faustino Sarmiento que conoció esas Cámaras y que después, desde su tierra, seguía con amor sus grandes debates, en carta que tengo a la vista, entre otros elogios dice lo siguiente: "He leído con gusto, con edificación creciente los discursos sobre la Iglesia y el Estado, y repartiría de buena gana el elogio entre los tres oradores, (José Manuel Balmaceda, Augusto Orrego Luco e Isidoro Errázuriz) que tanto han ilustrado la cuestión. Nuestras Cámaras no están a esa altura, y mucho aprenderían nuestros Diputados en aquel manual, si hubieran de tratar a fondo cuestiones tan graves, *sin el estilo y la pulcritud de la frase que parece calidad chilena*".

* * *

Aunque no sentía mucho entusiasmo por la Historia, pues prefería siempre mirar hacia adelante y no hacia atrás, fue también historiador. A pedido de sus correligionarios inició la *Historia de la Administración Errázuriz*, que desgraciadamente quedó inconclusa. En esa ocasión fue historiador, co-

mo fue periodista y tribuno y orador parlamentario por el deseo intenso de influir de modo eficaz en la dirección de la cosa pública, pero no por amor a Clío; pero quizás por eso mismo este ensayo inconcluso nos deja percibir con claridad el alto vuelo de los conceptos políticos del autor, al mismo tiempo que nos cautivan la nitidez con que expone los hechos y la severidad austera con que aprecia las actuaciones de nuestros dignos políticos de antaño y de nuestros partidos históricos.

En 1877 comenzó a publicar, por entregas, este estudio que queda interrumpido a mediados del año siguiente, a causa del incendio de la imprenta de "La Patria" que devoró todos los antecedentes, documentos y notas acumulados; y porque ya Errázuriz no tiene otra preocupación que el conflicto con nuestros vecinos del Norte. El ve venir, antes que otros, la guerra no solamente con Bolivia sino también con el Perú, y con todo el calor de su alma entusiasta, apasionada y patriota se dedica a preparar el espíritu público para que Chile pueda afrontar debidamente y salir con gloria de esa espantable crisis, la más grave que haya sufrido hasta aquí.

Este estudio, al menor en la forma en que quedó, no es precisamente una historia de la Administración Errázuriz, ya que no alcanza a llegar a ella, pues se interrumpe en el año 1850. Es solamente una defensa entusiasta del espíritu liberal y muy especialmente de los hombres que nos dictaron la Constitución Política de 1828, es decir, de los grandes jefes *pipiolo*s. Al recorrerla ahora nos hace la impresión de estar leyendo una apología de hombres de avanzada, escrita con criterio izquierdista; por lo que imaginamos que en aquellos años debió producir, en muchos espíritus, inquietud y hasta zozobras.

Analiza, como es natural, el período en que nos reiniciamos en la vida política bajo la Constitución de 1833 y la dura mano del Ministro Portales. No es partidario, por cierto, ni de esa Carta ni menos del régimen pero tampoco es su detractor; declara sí enfáticamente que "al fin y al cabo, en aquella época de preponderancia *pelucona*, que los trovadores reaccionarios han celebrado como la edad de oro de la tranquilidad y la paz pública, éstas no tenían cimientos tan estables como pudiera creerse. Por poco que se exaltara el sentimiento de los partidos en lucha, uno y otros se fatigaban de la contienda constitucional y cedían a la tentación de recurrir a la fuerza: los de

abajo para derribar, y los de arriba para silenciar y anonadar al adversario".

En este ensayo histórico no se muestra, en modo alguno, discípulo de Carlyle y Emerson, tan en boga en aquellos años, sino de criterio esencialmente socialista, a tal extremo que el *héroe* ni siquiera refleja los sentimientos de la masa sino que es simplemente empujado por ella. "Sin Lutero habría habido siempre Reforma, como la habría habido a pesar de Lutero", dice en el Prólogo. Esta es la teoría, pero en el curso del estudio no la observa siempre con mucho rigor ya que, a nuestro juicio, da mayor importancia a la acción de las personas de Portales y de Montt que a los partidos e ideas que ellos encarnaron.

Su lectura nos muestra muy a las claras la grande influencia que en su vida tuvo la educación de Göttingen porque hay en este ensayo histórico análisis muy fino pero se hecha de menos un poco de síntesis. Es posible, sin embargo, que al recapitular el exodio hubiese recurrido a ella antes de entrar a narrarnos la Administración Errázuriz. Es ésta una de las numerosas causas que nos hacen lamentar tanto que este ensayo sobre política chilena iniciado por un escritor del talento de Isidoro Errázuriz y de sus extraordinarias condiciones políticas haya quedado inconcluso.

* * *

Un Diputado de calidades tan extraordinarias fue, como era de suponerlo, muchas veces Ministro de Estado, ya que, en general, el ejercicio del poder es el premio a la acción vigorosa y a la grande elocuencia. En aquellos años en que las personas tenían casi más importancia que los Partidos mismos, en que las masas no intervenían aún en las decisiones políticas era éste un fenómeno corriente, y después del triunfo del Congreso en la Guerra Civil, fue el establecido: los caudillos de la mayoría de la Cámara pasaban al Gabinete ministerial. Por esta causa, en diversas ocasiones fue Ministro de Relaciones Exteriores, Culto y Colonización, de Justicia e Instrucción Pública y de Guerra y Marina. Su paso por estas Secretarías de Estado ha quedado marcado con el sello de sus grandes capacidades intelectuales y de acción, porque en verdad tenía todas las calidades para ser gran Ministro: patriotismo a toda prueba, cultura política esmerada, conocimiento profundo de todos los problemas adquirido en sus numerosos años de con-

gresal y por sobre todo un profundo y completo conocimiento de los hombres. Era un político sagaz y experimentado, no un teorizante que fuese a hacer, desde el Gobierno, ensayos peligrosos inspirados por deficiente ilustración libresca.

La más bullada de sus actuaciones ministeriales fue como Ministro de Justicia e Instrucción Pública del Ministerio de armonía, organizado en vísperas de la grave crisis política que terminó con la Guerra Civil de 1891, por Mariano Sánchez Fontecilla y que solamente duró desde noviembre de 1889 hasta el 28 de enero de 1890.

La situación política era grave. La oposición, fuerte en ambas ramas del Congreso, pedía al Presidente Balmaceda amplias garantías en la próxima elección presidencial y para obtenerlas estaba dispuesta hasta negar su aprobación a la ley de Presupuestos y a la de Contribuciones. El Presidente Balmaceda, por su parte, muy celoso de sus prerrogativas constitucionales, con dificultad declaró que, reservándose el derecho de designar libremente al Ministro del Interior, aceptaba el proceder de acuerdo con la oposición, en la designación de un nuevo Gabinete. Este fue el origen del Ministerio de armonía dirigido por Mariano Sánchez Fontecilla, amigo personal de S. E.

“Asumió la Cartera de Justicia e Instrucción Pública, dice Luis Barros Borgoño, Ministro de Guerra y Marina de ese Ministerio, el conocido y brillante orador, viejo parlamentario y valiente diarista don Isidoro Errázuriz. Su solo nombre es una gran fuerza; su talento le hace superior a todos los que le rodean; su palabra arrebatada y su pluma vapula. Es demasiado grande para el escenario de nuestro país: posee vasta ilustración y tiene todos los hábitos del gran señor; sibarita, escapa a toda regla, y no puede ser medido por las normas corrientes. Tiene siempre frases lapidarias para caracterizar una situación o para anotar a un adversario”.

Este Ministerio era de armonía pero “al mismo tiempo permitía al Presidente obtener, de la mayoría parlamentaria, los presupuestos y contribuciones”, dice en sus apuntes el Ministro Barros Borgoño, y agrega: “El Ministerio era así tolerado por el Presidente, recibido oficialmente pero sin que pudiera contar con deferencia alguna personal”.

Como muchos lo supusieron en aquellos días y algunos lo pronosticaron, apenas el Congreso Nacional cumplió su compromiso

de aprobar las leyes de Presupuestos y Contribuciones el Gabinete de armonía fue llevado a la dimisión por el Ministro Valdés Carrera, amigo íntimo del Presidente de la República. En una reunión del Gabinete, en el despacho del Sr. Sánchez Fontecilla, el Ministro Valdés Carrera tuvo un violento altercado con el Ministro Errázuriz y presentó su renuncia al Jefe del Estado. Conforme a la costumbre los otros Ministros presentaron también las suyas, especialmente porque los cinco Ministros restantes estimaban que “el incidente no era de mero carácter personal sino que obedecía al propósito de quebrantar la situación política. Reuniones privadas de los partidos de Gobierno en la tarde y en la noche anterior así lo hacían presumir fundadamente”.

“Después de firmar nuestras renunciaciones trasladamos a la Presidencia. Fuimos recibido de pie por el Presidente, y con la mayor ceremonia”. El Ministro Sánchez Fontecilla explicó la causa de la renuncia y el Presidente Balmaceda expuso “que era costumbre en su Gobierno que, cuando un Ministro renunciaba, se producía la crisis total del Gabinete. El Sr. Sánchez Fontecilla y todos nosotros, hicimos un saludo y nos retiramos”.

Al pasar a la Sala de los Edecanes, Errázuriz dijo poniéndose una mano detrás, “aquí nos ha dado una patada”. Con razón habría podido agregar su acertada reflexión escrita años antes en su Historia de la Administración Errázuriz: “Brillar y llegar a la cumbre ministerial no es todo, no es ni siquiera vencer”.

El Presidente Balmaceda, con escasa prudencia y ninguna visión del futuro inmediato y rompiendo con honrosa tradición de cortesía se desprendió de un Gabinete que representaba el sentir de la inmensa mayoría del Congreso y del país y así labró su ruina que ya fue tan inevitable como la tormenta anunciada por el meteorólogo o el eclipse calculado por el astrónomo.

Luego se organizó un nuevo Ministerio llamado de combate en el cual conservó su Cartera el señor Valdés Carrera y comenzó una lucha ardiente que sólo concluyó en los campos de batalla. El alma de la oposición fue Isidoro Errázuriz que pronunció innumerables discursos ardientes, tribunios que galvanizaban a la ciudadanía. En aquellas ocasiones el orador se hacía dueño de sus oyentes, les imponía su voluntad, les hacía aceptar sus ideas y realizar sus propósitos, hacía de la elocuencia lo que ha sido siempre, el instrumento más poderoso

para conducir a los hombres. El más vigoroso de esos discursos lo pronunció en Valparaíso en un gran banquete político organizado en honor del dimitido Gabinete de armonía; fue muy celebrado entonces y considerado como una lápida para el Gobierno.

Leído ahora, a la distancia de setenta años, no produce el mismo efecto arrebatador de que hablan cuantos le oyeron; manifiesta sí sus grandes dotes de orador, de gran tribuno, exterioriza su brillante imaginación, su ardiente y seductora fantasía. ¡Cuán cierto es que al orador hay que oírle y no leerle!

Después, durante la guerra civil, fue Ministro omnipotente en diversas carteras ministeriales a la vez, y durante la Administración del Almirante Montt, Ministro de Relaciones Exteriores en el Gabinete de Ramón Barros Luco y de Guerra y Marina en el organizado por Pedro Montt. En ambas ocasiones su vigorosa personalidad, su voluntad de hierro, su inteligencia superior, su gran preparación administrativa y su extraordinaria capacidad de acción le dieron rango prominente en el Gobierno.

* * *

El régimen parlamentario había triunfado en los campos de batalla y se le ejercitaba en nuestras Cámaras con toda intensidad, sin que por eso produjese el resultado que sus entusiastas partidarios esperaban. ¡Cuán cierto es que todos los sistemas tienen sus horas felices y otras que no lo son y que las mejores son rara vez aquellas en que dominan sin contrapeso!

La eficiencia total que algunos exigían y que el nuevo régimen no podía dar produjo en muchos —entre otros en Isidoro Errázuriz— un marcado desencanto. Esto unido a angustias económicas le provocaron una cruel misantropía que le llevó a la resolución de separarse de la vida pública, aislarse de la sociedad e ir a residir, por el resto de sus días, en plena Araucanía.

Los inevitables desengaños que acompañan a todo político y las durezas económicas que también sufre generalmente quien dedica sus preferencias a las cosas del espíritu no justificarían ahora tan curiosa determinación. Ningún político iría ahora a encerrarse en el Aysen lejos de los encantos de la civilización, en un mundo casi ajeno al cultivo intelectual, ni siquiera iría a la Isla de Doña Inés en la desembocadura del Río Imperial que ahora está vinculada

estrechamente al resto del país. Pero en aquellos años las ideas eran muy diversas, se vivía aún en crisis romántica venida de la vieja Europa. En aquel entonces casi todos los hombres intelectualmente muy cultivados sufrían de lo que los románticos franceses llamaban *el mal del siglo* que no era otra cosa sino el disgusto por las trivialidades de la vida unido a esa vaga inquietud del espíritu que jamás se extingue en algunos seres de intenso cultivo intelectual, y que acrecientan la natural melancolía que siempre nace de los placeres mismos. Isidoro Errázuriz, como muchos de entonces, padecía de ese mal del siglo que Chateaubriand encarnó en su *René*.

Este conjunto de sensaciones le determinaron a ir a concluir su vida en la Isla de Doña Inés, paraje en aquel entonces difícil de alcanzar por falta absoluta de ferrocarriles y de caminos, a donde no llegaba el correo sino muy a lo lejos y en donde no hubo telégrafo sino muchos años después.

Cuando *René* se fue al país de los natchez a vivir la vida de la naturaleza, para cumplir con los hábitos de la tribu, casó con una joven indígena y construyó con sus propias manos una ruca; en cambio don Isidoro va a la romántica Isla del Imperial muy bien acompañado y se instala en una modesta casa de madera de pobre apariencia, pero con todos sus valiosos muebles de Santiago, con sus tapices, sus estatuas y sus cuadros y, por cierto, con su valiosa biblioteca, sin olvidar tampoco su curiosa colección de animales raros. Pretendió irse a vivir como un desengañado de la vida que quiere unirse a la naturaleza virgen, pero en verdad lo hizo como un gran señor que sin dejar de gozar de los agrados de la civilización más refinada quiere también participar de los encantos de la vida de apariencias rústicas. A su colección de animales exóticos debió, por acaso, el que una grave molestia que le ocasionaron agentes judiciales menudos no tomase caracteres trágicos.

El sitio para gozar de la naturaleza totalmente aislado del mundo estaba perfectamente elegido; era el que convenía a un hombre que se creía fatigado de la vida, pero que conservaba en todo su vigor su rico temperamento artístico.

Imaginó que allí, en medio de la soledad de la selva araucana, virgen y bravía iba a encontrar la calma que anhelaba su espíritu inquieto. Estaba en el error; no debía encontrarla ni allí ni en parte alguna ya

que no era ni completamente feliz ni tampoco absolutamente desgraciado como para gustar de la soledad, del aislamiento, del olvido total de la sociedad. Su mal no podía encontrar alivio sino en la acción intensa y continuada porque, antes que otra cosa, era un luchador, un libertario sólo momentáneamente abatido por ideas románticas entonces imperantes.

La Isla de Doña Inés situada cerca de la desembocadura del Río Imperial es un paraje verdaderamente encantador, con horizontes dilatados, imponentes y soberbios, y también con paisajes serenos y sencillos.

A veces la luna en medio de un cielo azul nítido y sin nubes brilla con luz suave, evocadora de ensueños y, ya sea que derrame sus encantos sobre cordones de cerros que elevan hasta lo alto el bosque impenetrable y oscuro, casi negro o ya ilumine con sus rayos de plata el terso e inmenso espejo del río, difunde por doquiera dulce melancolía, en medio de sobrecogedor silencio.

Dejándose llevar de la mansa corriente del caudaloso río luego se divisa el mar en inquietud incesante, en queja permanente y a veces embravecido en potente revuelta, estrellándose con furia contra las arenas invisibles de la barra. En esa inquietud perenne, en esa infatigable rebelión contra toda valla, en aquellos furores salvajes imagino que don Isidoro debía hallar secreta analogía con su alma de obstinado libertario.

Rodeó su rústica mansión de un jardín modesto, sin pretensiones, cultivado por las manos de una mujer sensible y abnegada que sólo pretendía hacer disfrutar, al elegido de su corazón, del agrado fugitivo de las mágicas puestas del sol, del encanto divino de las apacibles noches de luna, sin recordar siquiera las acciones heroicas que esos parajes presenciaron, de españoles y araucanos, en los días trágicos de la Gesta de la Conquista; pero sí las horas felices en que pisaba esas mismas arenas *el delicado pie de la española*.

El encanto duró poco. Doña Inés estaba lejos de la civilización, y en donde no existen las barreras que ésta siempre alza, impera sin freno la maldad humana; muy pronto apareció ésta usurpando los ropajes de la Justicia y de la Ley. Ante el lejano y casi inaccesible Juzgado de Traiguén se le inició un juicio de dominio y, como medida prejudicial, una tarde se le arrojó de su Isla encantada, y sus muebles, sus objetos de arte y sus libros —momentos antes

en sitios predilectos— en una tarde lluviosa, fueron miserablemente apiñados a la orilla de la huella que bordea el lado sur del río. Allí también él pasó la noche de ese horrendo día, cubierto de mantas, sentado en su *coupé*, oyendo llover sin cesar.

Hemos dicho que su salvación la debió casi exclusivamente a su singular colección de animales, y así fue en realidad. Apenas alumbraba el día siguiente al del brutal desalojo cuando acertó a pasar por esa huella un sirviente de Miguel Urrutia que quedó asombrado al ver tantos animales que no había visto nunca y llegó al fundo contando con entusiasmo que había llegado un circo con animales muy extraños que nadie conocía. En el acto al señor Urrutia —a quien debo estos detalles— le vino la inspiración de que no se trataba de un circo sino que esos animales eran los de su amigo Isidoro, que seguramente le acababan de robar, y corrió allá en su amparo y pudo apreciar y sentir la intensidad de la catástrofe.

Acudir al remoto Tribunal de Concepción era poco menos que imposible; pero mandó propios al telégrafo más cercano y gracias a ello, al cabo de algunos días, el Ministro de Colonización que entonces lo era Luis Barros Borgoño, pudo saber lo que ocurría y procurar amenguar el desastre. Pero solamente meses después don Isidoro logró que lo repusieran en su romántica residencia. ¡Hay que convenir en que la vida de la naturaleza tiene a veces inconvenientes graves!

Hoy nos parece absurdo que pudiesen ocurrir semejantes hechos. Isidoro Errázuriz era uno de los dirigentes del país, de popularidad inmensa, pertenecía a una familia poderosa y en esos momentos era Presidente de Chile su primo Federico Errázuriz Echaurren... y un Juez, perdido en la Araucanía, le hacía padecer semejantes vejámenes. Habrá que reconocer que esa oligarquía, hoy tan vilipendiada, no era omnipotente y que sus miembros más ilustres, que ahora el vulgo se complace en presentar como Señores de Horca y Cuchilla, eran únicamente ciudadanos buenos y sencillos, más cultos que los demás y por ende más respetuosos de la Ley y de sus agentes por modestos e insignificantes o malvados que fueran.

Cuando ya se había repuesto de los quebrantos que le produjera la desgraciada actuación del Juez de Traiguén que le expulsara de su casa de Doña Inés y comenza-

ba a disfrutar del dulce retiro de su ínsula encantada, llegaron hasta allá premiosas comunicaciones de La Moneda por las cuales su primo el Presidente Errázuriz Echaurren le instaba a volver a la política y a servir al país. Le pedía especialmente que aceptase el ir al Brasil como Ministro Plenipotenciario, pues la situación internacional de Chile en esos momentos era en extremo delicada: Argentina seguía con ardor en sus aprestos bélicos en contra nuestra y los vecinos del Norte exteriorizaban su anhelo de aprovechar la oportunidad para intentar una revancha.

El antiguo luchador que vio "llegar siempre la horas de guerra con el corazón lleno de alegría y esperanza" se excusaba con su mala salud, hija de su cruel misantropía; pero al fin consintió en venir a Santiago para dar gusto al Presidente, pero con la firme resolución de no volver a la vida pública. Acá al fin mi padre le convenció que, aun por su salud, debía ir a Río de Janeiro y se decidió a hacerlo y partió allá en abril de 1897.

La principal instrucción del Presidente era informarlo sobre las posibilidades de ayuda que podría tener Chile en el caso, que había que evitar a toda costa, de un rompimiento armado con la Argentina; pero aparentemente la razón primordial de esa misión era la de hacer realidad diversos Tratados convenidos con el Gobierno brasileiro por su antecesor Joaquín Walker Martínez, especialmente uno de Comercio y Navegación.

El nuevo Plenipotenciario llegó a Río de Janeiro al comenzar una serie de fiestas, que duraron quince días, a la Escuadra Chilena que estaba allí al ancla en su viaje de Inglaterra a Chile. Eso le permitió conocer rápidamente a la sociedad fluminense, a los hombres de Gobierno y a toda personalidad descollante del Brasil.

En un principio creyó que se podía estrechar la tradicional amistad de ambos países y que eso sólo sería de grande importancia para nosotros, pues el Brasil era más fuerte militar y económicamente de lo que acá se creía; luego, con mayor conocimiento del espíritu brasileiro, escribía al Presidente: "La actitud de este país en presencia del conflicto que amenaza en el Pacífico, me ha afirmado en el convencimiento de que la tal amistad platónica con el Brasil no nos sirve sino como motivo de fiestas y

tema de discursos; creo que debemos volver a las ideas que cambiamos en Santiago... buscar de veras la alianza... aprovechando el primer momento de calma. En vísperas de guerra es imposible". Esta misma idea la desarrolla en comunicación oficial al Ministro de Relaciones Exteriores insistiendo en que no deben iniciarse negociaciones en ese sentido sino cuando no hubiese peligro de guerra para que "no se atribuyera la invitación a la alianza al propósito mezquino de envolver al Estado invitado en una contienda próxima a estallar". Después dio un paso más, con visión clara de la realidad, abandonó toda idea de unión bélica o platónica con el Brasil y recomendó la política de completo acercamiento a la República Argentina "fundada en el compromiso de dejarse esos dos Estados libre acción, respectivamente, en los territorios que bañan los dos grandes océanos americanos". Su opinión fue compartida por el Presidente Errázuriz, quien la realizó al invitar al Presidente Roca al famoso abrazo del Estrecho el mayor paso en el venturoso camino de la confraternidad americana. Como se ve parte muy principal en esta generosa política de paz tiene el poderoso cerebro de Isidoro Errázuriz. ¡No es poca gloria para un Estadista Americano!

A los veinte días de tan importante comunicación, que tal trascendencia tuvo en el desarrollo de la paz del Continente, caía en Río de Janeiro fulminado por la fiebre amarilla sin tener ni siquiera la satisfacción de saber que sus ideas de paz y fraternal entendimiento con nuestros vecinos de allende los Andes habían sido aceptados por el Gobierno de Chile.

En la madrugada del día 12 de marzo de 1898 expiró víctima de fiebre amarilla contraída sólo una semana antes. Así, lejos de su Patria que tanto amó, pero sirviéndola hasta el fin, concluyó este espíritu superior, de imaginación fuerte y brillante; esta alma ardiente que hizo el encanto de las sociedades que frecuentara, que supo manejar la pluma con viveza, ingenio y elegancia; este orador insigne hasta ahora no igualado entre nosotros; este ciudadano ilustre que soñó siempre con una Patria grande y culta, hogar predilecto de las Ciencias las Artes y las Letras, fuente fecunda de progreso moral, intelectual y material, sólido baluarte de la Libertad y de la Democracia.

Fue un hombre superior que poseía natu-

raleza opulenta, gran fantasía, profusión de ideas originales, destellos geniales y por sobre todo grandeza de alma, ese instinto superior que lleva al hombre a las grandes acciones, que corona con laureles inmarcesibles la frente del héroe, que nimba de aureolas luminosas las místicas cabezas de los santos, que vivifica y ennoblece la triste

existencia de la pobre Humanidad. Si no labró un surco más profundo en la sociabilidad chilena fue por su versatilidad tan grande como su alma. "Isidoro ha dicho Augusto Orrego Luco, tenía todo el brillo y el ardor luminoso de la llama, pero tenía también la volubilidad de la llama con que juega el primer sopló que pasa".

